







www.loqueleo.com/uy

© 2024, Helen Velando

© De esta edición:

2024, Ediciones Santillana, S. A.

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay

Teléfono: 2410 7342

ISBN: 978-9974-92-582-3

Printed in Uruguay - Impreso en Uruguay

Primera edición: diciembre de 2024

Dirección editorial: Viviana Echeverría

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Ilustraciones de cubierta y de interior: Gerardo Fernández Santos

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Cuentos locos, asombrosos y extraños

Helen Velando

loqueleg

Yo veo un canario

7

Una de las costumbres que tenía Hilario Vendavales, creador de cometas muy famoso en la Isla de los Vientos, era ir a remontar sus obras una vez terminadas en lo más alto del Pico del Norte. Allí las corrientes de aire eran muy poderosas y entonces le permitían probar la altitud o corregir los diseños de sus cometas si era necesario. Aquel día se levantó al alba luego de haber trabajado durante largas jornadas en una cometa especial, y apenas amaneció en lo alto del pico se observó el vuelo del artefacto con su larga cola colorida, hecha de telas diferentes que su hermana le proporcionaba ya que se dedicaba a la costura.

Ni bien los habitantes de la isla la divisaron surcando el cielo azul movida por la brisa de la mañana, salieron a contemplarla. Tal fue el caso del boticario, quien embelesado le comentó a su vecino el doctor Vermejo:

–Es realmente muy bella esa cometa –y sus ojos se fijaron en detalle tratando de adivinar qué había dibujado en ella el joven Hilario.



–Coincido con usted, mi querido amigo –respondió el doctor Vermejo. Me parece notable el diseño y sobre todo el detalle de las flores dibujadas, me hacen recordar las de la casa de mi abuelo y sus begonias.

–¿De qué flores está usted hablando? –y clavó su vista en los dibujos que se movían por reflejo del sol y de las corrientes de aire–. Si está clarísimo que se trata de un

frasco con bálsamo de camomila, como los que vendo en la botica. Mire usted las líneas curvas y el tapón de corcho, son iguales a los que envasaba mi abuela y que ahora fabrico yo.

De pronto se acercó la maestra, la señorita Robledales, quien iba camino a la escuela de la isla, contempló la cometa y comenzó a sonreír.

–Pues ustedes dos están equivocados, desde aquí veo claramente que lo que está dibujado en la cometa del joven Hilario son letras y números. –Y señalando la cometa que se movía con elegancia confirmó: allí en el centro hay una A y luego veo varios números, y también hay una H, quizás letras muy significativas para él. Me parece emocionante que alguien le dedique tiempo a adornar su cometa con esos detalles. Me hacen volver a los tiempos en los que comencé a leer y a escribir, y decidí estudiar para maestra.

–No pude evitar escuchar sus comentarios –dijo un señor muy anciano, dueño del único museo de la Isla de los Vientos, el señor Juntalbo–. Como un hombre de muchos años, me atrevo a asegurar que lo que hay allí ilustrado es nada más ni nada menos que una serpiente marina –afirmó satisfecho.

–Pues la única serpiente marina que conozco está en su museo –aseguró la señorita Robledales.

Los otros dos asintieron, dándole la razón a la maestra. Sin embargo, el señor Juntalbo siguió insistiendo con la serpiente marina.

Una de las vecinas más conocidas de la Isla de los Vientos era la peluquera, Alejandra Vaivenes, muy apreciada por todos ya que desde su llegada había logrado fabricar un fijador en base a ciertos moluscos, que hicieron posible que los habitantes de la Isla de los Vientos pudiesen llevar sus peinados con elegancia sin temor a que se los arrebatara alguno de sus vientos.

10 –¡Qué hermosa cometa! –admiró la señora Vaivenes–. Y lo que más me gusta es el caballito de mar que lleva estampado. Recuerdo que de adolescente me apasionaba buscarlos entre las canaletas de roca junto a las anémonas, eran tan diminutos y perfectos, tan delicados y bellos.

–No sé en dónde ven ustedes un caballito de mar –dijo un granjero que miraba el cielo con su hijo de la mano, y señalando la cometa que movía su cola de colores afirmó–: está clarísimo que ha dibujado un paisaje con vacas y mulas, muy similar al que tengo en mi granja. Cuando la compramos con mi amada esposa, apenas si teníamos animales. ¡Ay, qué tiempos aquellos! Recién nos habíamos casado.

La cantidad de gente iba aumentando en la plaza del pueblo a medida que pasaban las horas. Ya casi a media tarde, con los reflejos del sol cambiando y las corrientes de aire virando hacia los distintos puntos cardinales, se había concentrado una muchedumbre. También se habían escuchado las opiniones más diversas. Algunos dijeron que la cometa tenía dibujado un barco, otros, un

ramo de begonias, un zapato, un chanco, un plato de tallarines con salsa, y hasta un sombrero con forma de torta de cumpleaños.

–¡Yo veo un canario! –exclamó un niño que iba de la mano de su madre–. Con su pico, sus alas, sus patitas. Sí, yo veo un canario. Igualito al que dibujé en la escuela.

Ya estaba cayendo la tarde y la cometa comenzó su descenso. Había pasado la prueba de altura y había sorteado todos los vientos del día que rotaban en la isla. Hilario con su cometa bajo el brazo, muy satisfecho, desanduvo el camino y bajó por el sendero junto al risco del Pico del Norte, el lugar más alto de la isla. De pronto distinguió por el camino que salía del pueblo a una multitud que miraba hacia él, lo cual lo sorprendió bastante.

11

Al aproximarse a Hilario, las voces se hicieron más estridentes, caminaban enfrascados en una discusión muy acalorada; sin embargo, esta cesó al llegar junto a él.

–Hilario, hemos estado observándote durante todo el día mientras remontabas tu cometa–explicó el doctor Vermejo acomodándose los lentes–. ¿Serías tan amable de mostrárnosla para salir de dudas sobre el exquisito dibujo que le has hecho?

El joven, algo turbado por lo que escuchó, solo atinó a abrir la bolsa y sacó de allí su nueva cometa. La muchedumbre quedó muda al contemplarla: la cometa era de un finísimo papel, tenía forma de rombo con flecos coloridos y una larga cola de telas, pero al contrario

de lo que se suponía no llevaba ningún dibujo, estaba en blanco.

Los vecinos se dispersaron. Hilario, sin entender lo que había sucedido, siguió camino hacia su casa con la cometa nueva dentro de la bolsa.

